

APENAS SENSITIVO



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

Fotografía de la cubierta: *Villa delle Ginestre*, Nápoles, 2010

Primera edición: marzo de 2011

© Andrés Trapiello, 2011

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2011

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-07-9

DEPÓSITO LEGAL: M-11767-2011

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

APENAS SENSITIVO

(2003)

¿ES posible recibir una carta que no se escribirá sino seis años después? Dicho de otro modo, ¿cabe empezar el año de una manera más extraña?

Todo arrancó, sin embargo, tres días antes.

M. se despertó sobresaltada.

—¿Has oído la bomba? —preguntó.

Yo estaba profundamente dormido, y no supe dónde me encontraba ni qué hora podía ser, miré la habitación a oscuras y no reconocí nada de lo que eran sombras informes, y tuve que hacer un gran esfuerzo para determinar si nos hallábamos en Madrid o en Las Viñas. Miré primero hacia el frente, buscando el ventanuco y la aurora, como si estuviese en la cofa de un barco. Pero no encontré más que una pared tenebrosa. Volví la cabeza a un lado, buscando el balcón de Madrid. “¿Qué bomba?”, acerté a responder sin llegar a abrir los ojos del todo y sin saber aún a ciencia cierta si aquello era parte de un sueño absurdo. “Ha sonado”, me dijo M. en voz baja, como si temiese hablar más alto y atraer sobre nosotros a la artillería, “ha sonado igual que aquella que pusieron los de Eta en el museo Naval”. Me acordé de ello. Estábamos en casa, y temblaron los cristales, y notamos la

explosión dentro también, en el estómago, y ambos nos miramos y diagnosticamos al unísono: un atentado. Pero esta madrugada yo no había oído nada. “No”, le dije desde la indecidibilidad, “sería un petardo; es Nochevieja”. “Quizá”, me respondió inquieta; se levantó de la cama y salió de la habitación.

Es increíble la rapidez con la que se queda fría la mitad de una cama. No quiero pensar lo que será con la muerte. A los cinco minutos, alguien que estaba durmiendo apaciblemente, se había desvelado también por completo. Y estaba dándole vueltas en la cabeza a algunos asuntos fúnebres, huyendo de la parte fría del mundo y de los sueños.

¿Habría vuelto G.? Le habíamos dado permiso para salir de una a dos. Estaba citado con su novia rusa para ensayar su primera Nochevieja de adultos, una hora después. ¿Y si no había vuelto? Quizás le hubiese sorprendido la bomba. Al rato, un rato largo, inquieto porque M. no volvía a la cama, me levanté. Me la encontré de pie, mirando la tele. El cuarto estaba a oscuras y los lampos del televisor le salpicaban el rostro con luces desiguales, azules, verdes y amarillas, que bailaban a un lado y otro de su cara dejándosela de camuflaje. “No han dicho nada por la tele”, me informó un poco molesta y decepcionada con los servicios informativos de su empresa, y sin apartar la mirada de la pantalla añadió, “pero se oyen ambulancias de continuo”. Estas parecían justificar que siguiese de pie, esperando la confirmación.

Era verdad, se oían algunas sirenas alarmantes. Le dije que debía de tratarse de los borrachos. Los del Samur se pasan toda la noche recogéndolos de la calle, con el coma etílico, para evitar amputarles luego las orejas y los dedos de los pies por congelación. Me contó que no había vuelto a la cama porque al asomarse al balcón para cerciorarse de que no se trataba de una bomba, comprobó que estaba lloviendo y se acordó de que la víspera había puesto una lavadora y había sacado al tendedero del patio la ropa a secar, y que había tenido que recogerla. Serás

la única mujer de España, le dije, que ha estado recogiendo la colada a estas horas del Año Nuevo, si exceptuamos a los viejos que viven solos y sin familia, que no tienen otra cosa que hacer. “¿Querías que la hubiese dejado fuera?”, me respondió, y comprendí que era una manera muy elegante de recordarme que esas tareas se me podría ocurrir hacerlas también de vez en cuando. Antes de meterse en la cama, abrió de nuevo el balcón y se asomó, mirando a uno y otro lado de la calle, por si pudiera enterarse de ese modo de lo que en la televisión se obstinaban en ocultar. El murmurio de la lluvia en el asfalto era tristísimo. La calle estaba vacía y el halón de las farolas se había llenado de puntas de flecha, como en un grabado japonés.

Festejamos a continuación el Año Nuevo como si le estuviésemos dando la bienvenida a la Primavera. Sacamos fuerzas no se de dónde para reírnos también.

Qué extraño es todo, me dijo, acurrucándose. La cama se había quedado helada. Sí, muy extraño, corroboré yo, sin saber muy bien lo que corroboraba. ¿No le habrá pasado nada a R.?, conjeturó de pronto. No, la tranquilicé, como si lo supiera. Él no había vuelto aún. G., sí.

Al rato oímos la llave de R. en la cerradura, y pudimos dormir tranquilos.

Por la mañana me ocupé de hacer el primer plato de la comida de Año Nuevo. Todo resultaba inaudito, estar en Madrid un día como ese, la mañana desapacible, los chicos durmiendo. Encendí la tele y la radio a la vez, para oír el concierto de Viena, y creer así que vivía ese tiempo único que es el tiempo de la infancia, el de la juventud, el de la madurez, unidos por las notas ligeras de los vales de los Strauss.

A la una y media emergió R., salido de su noche, y pudimos almorzar de cualquier manera, con poca ceremonia, y a las tres, con la carretera vacía, salimos hacia Las Viñas.

No teníamos demasiadas ganas de hablar, unos por sueño y otros porque queríamos llegar cuanto antes, los cuatro con la sensación de haber cometido una pequeña traición pasando la Nochevieja en Madrid... ¿a cambio de qué? Los chicos se hicieron los dormidos para ahorrarse el sermoneo de su padre sobre la futilidad de correr tras de placeres demasiado pasajeros. ¿Dónde se habían quedado ya sus noches de fiesta? Y en cambio, ¿cómo sobreponernos a no haber pasado la Nochevieja en Las Viñas? Ahí estábamos, pues, nosotros, viajando un medio día encapotado y deprimente de Año Nuevo, bajo la lluvia.

Al llegar a Alorcón vimos, en sentido contrario, un accidente pavoroso que nos encogió el ánimo. Los pocos coches que circulaban aminoraban la marcha para verlo mejor. En la cara de los conductores se pintaba el espanto, algo así como “prometo no correr” y “gracias, Dios, por no haber sido yo”. Los bomberos luchaban para apagar un coche en llamas y sacar de él a sus ocupantes. Pensamos: no habrá supervivientes. Ni siquiera despertamos a los chicos ni les dijimos nada luego. Dejó de llover y yo miraba la carretera. M. a veces dormitaba, otras, cuando abría los ojos, medio dormida, me decía sobresaltada, recordando el accidente, cuidado, pero volvía a quedarse dormida a los pocos minutos, después de pedir disculpas y recordarme que no había dormido bien por la bomba. “No hemos vuelto a saber de ella. ¿Qué sería? De ser bomba lo habrían dado en las noticias. Claro que como es Año Nuevo, en la redacción se habrá quedado sólo un retén y no darán abasto a tantos frentes. Pero para petardo sonó demasiado. Deberían estar prohibidos...” Y volvía a dormirse.

Al pasar junto a Gredos, vi las nubes grises, negras, moradas, enredadas en la cumbre, encapotando la cordillera. Ya no se veían coches, ni en nuestra marcha ni en la contraria. Sólo el nuestro. Se me vinieron a la memoria algunas frases que M. había subrayado en su ejemplar de *El sentimiento trágico de la vida*. Era muy grato ese pensar errático mientras conducía.

La primera de todas las frases es esta. Cuando estemos de vuelta en Madrid la copiaré textualmente, me dije. Si este diario fuese un diario y no una novela, ahora no podría citar exactamente a Unamuno porque no me lo sé de memoria, y no ponerla textualmente sería faltar a la verdad. “¿Y cuál es su prueba moral (la de la verdad cordial)?”, se preguntaba Unamuno hace unos días, cuando íbamos a Las Viñas; y me acaba de responder en Madrid, antes de que en este libro vuelva a Las Viñas, pasados unos cuantos párrafos: “Podemos formularla así: obra de modo que merezcas a tu propio juicio y a juicio de los demás la eternidad, que te hagas insustituible, que no merezcas morir. O tal vez así: obra como si hubieses de morirte mañana, pero para sobrevivir y eternizarte. El fin de la moral es dar finalidad humana, personal, al Universo; descubrir la que tenga –si es que la tiene– y descubrirla obrando”. Más adelante añadía otra frase, que glossaba a Senancour: “Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el Destino, y aun sin esperanza de victoria; peleemos contra él quijotesicamente”.

Hay que distinguir entre el yo y el ego y, por tanto, entre literatura del yo y literatura del ego, me decía. Unamuno habrá sido el escritor con más yo de la literatura, pero con escasísimo ego, al contrario que la mayoría de los literatos, de ego grande y yo pequeño. De modo que podríamos intentar la formulación: el yo nos lleva lejos, el ego nos deja en casa. El peor enemigo del ego es el tú, el mayor enemigo del yo es el ego... Al llegar a este punto, pasado Navalmoral, lo dejé, porque no podía conducir y jugar al yo-yó al mismo tiempo, sin peligro de accidente o de morir por extenuación, como Filitas de Cos.

En cuanto nos fuimos acercando a Las Viñas se le puso a uno el ánimo de otra manera. Como estaba tan nublado, el crepúsculo se hizo tenebroso, pero había destellos argentados entre las nubes, que refulgían a su modo y sobre los lavajos y charcas que se habían formado entre las encinas. Vimos también un rebaño

de ovejas, y entraba reuma sólo de imaginar lo que sería estar debajo de ese montón de lana mojada por la lluvia.

A medida que entramos en nuestro país, se nos fue poniendo otro ánimo. Estaba todo lluvioso y había bajado mucho la niebla, tanto que no se veían apenas los árboles. Todos ellos, así, rodeados de aquella bruma tan espesa, parecían levantar los brazos, como si trataran de asustarse unos y otros, tal y como hacen los niños jugando a los fantasmas. En medio de todo fue como llegar al último acto de una ópera, y nos alegramos por ello sin pensar que nos habíamos perdido los anteriores. Aún era de día. Al salir del coche, nos acarició una temperatura de lo más clemente, casi daban ganas de quedarse fuera, respirando aquel aire puro atravesado por una o dos hebras de humo de leña. En realidad ese perfume ni siquiera estaba sostenido, sino que cogía al aire como un respunte, cosiéndolo a las colinas. Todo resultaba musgoso y melancólico, pero tan familiar que al punto oímos, desde algún árbol, cantar a un pájaro. No había más pájaro en la tarde que él. Lo habían dejado de retén para darnos la bienvenida. Era su canto de lo más párvulo, pero acaso por eso emocionaba aún más. Íbamos a decir algo, pero los cuatro guardamos silencio para escucharle. Y nos fue poniendo al corriente, como ese mayordomo que recibe en la puerta a los señores y les da la bienvenida: “Feliz Navidad, señor. ¿Han tenido un buen viaje? Me alegro. He encendido la chimenea, como me ordenaron, y espero que encuentren la casa caldeada. Tampoco ha hecho mucho frío. Dora ha tenido un niño y la señora Lola, la pobre, murió; tenía ciento dos años”. Todo eso nos dijo el pájaro.

Cuando terminó su reporte, procedimos al desembarque.

En cuanto dejamos las cosas dentro y abrimos los postigos de las ventanas, advertimos que había luces en Las Mercedes. Este lugar estuvo durante los últimos cuarenta años a oscuras. Los lagareros que lo cuidaban prendían sólo dos bombillas, una dentro de casa y otra fuera. La de fuera la encendían raramente

durante unos minutos, mientras se hacía de noche. En cuanto se recogían, la apagaban y encendían la de dentro. Pero esta tampoco se veía desde fuera, porque cerraban la puerta y echaban las maderas de las ventanas. Vivían en la Edad Media, y nosotros los imitábamos, apagando nuestras luces, por si les molestábamos. Han venido estos extranjeros y lo han llenado todo de bombillas, de faroles, de destellos. Me dan ganas de escribir una carta a los vecinos y decirles: ¿para qué quieren tener ustedes tantas luces encendidas en el exterior, si están todos metidos en casa? Han trenzado las ramas de un olivo de lucecitas, como si fuese el árbol de Noel. M., que le ve el lado bueno a todo, trata de convencerle a uno asegurando que a partir de ahora esas luces nos acompañarán. Yo le respondo que estábamos mejor acompañados por la oscuridad natural de la tarde y de la noche, cuando había oscuridad, y por el silencio, cuando había silencio. Ahora esa luz nos ha robado la oscuridad natural de este paisaje y sus voces nos tapan las más débiles de los pájaros, los primeros que tenían jurisdicción sobre estos olivares.

Tras la estiba nos dio tiempo aún a aprovechar algo la tarde. M. estudiaba alemán y traducía sus ejercicios ante la admiración general de su familia, que la ve porfiar con esa lengua con un gimnástico tesón de lo más orteguiano. Ella responde a nuestras bromas en alemán, gustándose en las consonantes, y dando a entender que podremos reírnos de ella lo que queramos, pero que la única que sabe en esta casa lo que nos ha llamado es ella, y que de momento no piensa revelarlo.

TENDRÍA que hablar ahora de la carta, pero en realidad llegó tres días después, contando desde hoy.

¿Qué podemos pedirle al dos de enero, acaso una de las fechas más anodinas del calendario? Tras el laboreo correspondiente que se lleva la casa y la visita obligada al mecánico, un paseo persuasivo. Los caminos están impracticables y corre el

agua por ellos, afanosa y musicante. La calleja era sólo un regato cuya salmodia nos acompañaba. Íbamos con nuestras botas de goma y nos gustaba no reparar en el agua, y cruzar los distintos regatos por donde el caudal era mayor. En invierno no hay pájaros apenas, y los que hay no saben cantar, o no tienen ganas. Se diría que los han dejado en España repitiendo curso, mientras todos los demás están de vacaciones en África, de ahí que sus cantos no sean sino balbuceos de alumnos torpes, tristezas de internado.

El ruido del agua tiene siempre algo de encantamiento y puede uno escucharlo eternamente. El de estas callejas era cristalino. A veces parecía como el esquileo de un aprisco, notas dispersas de un rebaño que se estuviera reposando, no las notas de una esquila en movimiento, sino de una esquila en reposo, lo que le acercaba tanto al sueño.

Y el día habría estado a tono con su grisura, de no haber sabido esa triste noticia. Me encontré a unos vecinos en la panadería. Les vemos muy de tarde en tarde, siempre en la calleja. Nos saludamos, a veces hablamos cinco, diez minutos, sobre la vida, sobre el tiempo, sobre el mal estado de las callejas. Él trabaja como contratista, haciendo carreteras. Sabe bien el tratamiento que tendría que hacerse en nuestras despellejadas y abruptas callejas para acabar de una vez por todas con las endémicas piedras que echan a perder la suspensión de nuestros coches. Al verlos en la panadería me apresuré a felicitarles el año, pero al punto, por la resignación de su sonrisa, comprendí que algo no marchaba bien. Sabíamos que tenían una hija que llevaba enferma desde hacía unos dos o tres años. En el momento de entrar le estaban relatando a la panadera, que también dejó atrás un cáncer, el desenlace fatal: su hija, de veintinueve años, acababa de morir hacía tres semanas en el curso de la operación en que se le estaba trasplantando un pulmón. El padre, el más fuerte de los dos, abrió en realidad un paréntesis en el relato que

estaba haciéndole a la panadera, para ponerme al corriente por el final, y poder seguir el recuento de las penalidades sufridas en el punto en que mi llegada lo había interrumpido.

Al darles yo el pésame, la madre rompió de nuevo a llorar. Era desgarrador. De haber tenido suficiente confianza con ellos, no sé, creo que les habría dado un abrazo, pero allí me quedé sacudiendo la cabeza, y llevando a mi cara la expresión a un tiempo de desolación y desconcierto.

Había también otros parroquianos en la tahona esperando turno, pero al ver la magnitud del drama que allí estaba teniendo lugar, no se atrevía nadie a interrumpirlo con sus comandas. La panadera, una mujer extraordinariamente bondadosa, parecía la más indicada para confortarles en ese paso. Se diría que al haber estado ella más cerca que ninguno de la muerte, tenía preferencia para dispensarles algún consuelo. Les decía cosas como esta: “¿Sabes lo que te digo? Que la que está bien ahora es ella. Ella sí que estará sin sufrir. Los que peor quedamos somos nosotros...” Debió de asustarse de sus propias palabras, llevadas demasiado lejos, y sin interrumpirse, se corrigió sobre la marcha: “Ahora, vete tú a decirles a unos padres esto...”

Esta última frase la pronunció como se hablaría a unas personas muy cercanas, sí, pero de una pérdida que no deja de resultarle ajena, como en realidad lo era para ella misma, como un consejo desinteresado que todos los que no fueran los padres de la chica muerta entenderían y compartirían. Quiero decir, que trataba de traerles a los padres reales a otra instancia, suspenderles por un momento de su paternidad, un lugar en el que pudieran ellos compartir también esa idea de que la chica estaría ahora mejor allá donde se encontrara, sin sufrir, al contrario de lo que les sucedía a los seres queridos que aquí se habían quedado para llorar su pérdida...

Y así aceptaban nuestros vecinos los confortes de aquella mujer que transmite una inmensa y oronda paz a tono con sus

brazos y hombros torneados y su aspecto saludable y matriarcal de deidad romana, con aquellas manos grandes y gordezuelas con hoyitos, como panes también ellas recién horneados.

A veces, delante de R. y G., M. y yo intercambiamos una mirada de complicidad. Por nuestra cabeza pasa el mismo deseo: deberíamos decírselo. Cuatro días más... Claro que hasta el último día todo puede desbaratarse. Ha sucedido incontables veces, y puede volver a ocurrir. A pesar de que el jurado ya ha tenido una primera reunión, y haya decidido, al parecer. Ayer les anunciamos que teníamos que ir, los dos, M. y yo, a Barcelona. Ni siquiera lo encontraron extraño. Tampoco lo sabe ninguno de nuestros amigos, por lo mismo.

A menudo me quedo mirando un punto fijo, sin hacer nada. M. me pregunta, “¿qué te pasa, por qué estás así?” Y yo le digo, es por todo ese asunto. Ella piensa entonces que acaso esté uno poniéndose la venda antes de la herida, y pregunta con una vaga inquietud: “Piensas que todo saldrá mal, que no te lo darán. ¿Es eso?” Y uno se encoge de hombros y se queda callado, porque no sabe en realidad lo que quiere, tal vez porque a estas alturas ya no quiere nada. La carrera de un escritor no es, como se cree, una carrera de obstáculos, sino de galgos, con una liebre mecánica a la que nunca se da alcance.

AYER estuvo todo el día encapotado. Incluso de noche la niebla era tan espesa que ni siquiera R. y G. se atrevieron a coger el coche. Temían acabar tirados en una gavia, y delegaron esa responsabilidad en mí, que tuve que llevarles hasta El Pago. Querían ver en el bar un partido de fútbol. Cuando llegamos, el bar del pueblo estaba cerrado, y sólo eran las nueve de la noche. No ofrecía el pueblo a esa hora mejor aspecto que el cementerio o que mi propio ánimo. Con ellos disimula uno lo que puede, y finge. Como en el pueblo sólo hay un bar, buscamos uno fuera.

Lo encontramos a un kilómetro, en la carretera Trujillo-Guadalupe, uno que se llama, vete a saber por qué, "1914". Siempre encontré ese el nombre de un cabaret dadaísta, y en cierto modo lo es, allí, en medio de la nada, al lado de una carreterucha de pueblo, en un descampado.

A esa hora no había nadie, sólo X, borracho, espeso, acodado sobre la barra. Trabaja en el lagar de unos amigos. Antes de irse a su pueblo, a dos kilómetros, entra en ese bar, se bebe dos o tres cubalibres, y cuando está borracho, se monta en su motillo, con la esperanza acaso de ser atropellado por un camión o de precipitarse por un barranco al salir de una curva. Es un hombre de corta estatura, fuerte, todavía joven. Tiene las manos cuadradas y deformes como tarugos. Hace unos años su señorito le pegó a escondidas un tiro al mastín de un vecino, porque no le gustaba cómo ladraba. Para encubrir su vileza, le pidió a X que le ayudara a arrastrarlo hasta la carretera, donde podría pasar como el atropello de un camión. Desde entonces sentimos la misma repugnancia y prevención por uno y otro. Cuando llegamos, encontramos a X con sus brazos de bogavante sobre la barra, alrededor del cubalibre, defendiéndolo. Nos vio entrar pero no podía ni mover una ceja. Tenía el rostro embotado, los ojos inyectados en sangre y la mirada vidriosa. El dueño, frente a él, al otro lado de la barra, sin que se adivinase si estaba esperando que se fuera o, por el contrario, que le pidiese otro cubalibre, para servírselo, le miraba en silencio, como el *croupier* al jugador que lleva perdiendo toda la tarde. Antes de sentarnos, preguntamos si tenían el canal satélite, y, como no, ni siquiera nos molestamos en formulismos, y dejamos al dueño cavilando y pensando que de haber tenido el satélite habría tenido tres parroquianos más esa noche. De vuelta a casa, R. y G., que se metieron en el coche como *hooligans* contrariados, quisieron saber si me habría quedado a ver el partido con ellos, en aquel lugar inhóspito y desolador; y como yo

creí que ellos aún apenas sabían distinguir los brindis al sol de las verdaderas efusiones, les dije sin titubear que había contado con quedarme. Que me habría ayudado a distraerme. ¿Distraerte de qué?, quiso saber G. Le dije que de nada, y les pareció bien la respuesta. Aunque encontraron una vergüenza que tratara de engañarlos, siendo el primer partido de fútbol que ellos hubiesen visto en un bar, y que en cierto modo esa hubiese sido como la primera vez que un padre acompañaba a sus hijos al burdel. Les pregunté sobresaltado qué sabían ellos de burdeles. Nada a ciencia cierta, me respondió G. Yo les pregunté entonces si querían que les llevara a uno de esos clubs de farolito rojo que encontraríamos con toda probabilidad en cuanto nos alejáramos quince o veinte kilómetros. G. quiso saber si en esos puticlubs tendrían el canal satélite, pero los tres comprendimos que la charla era ya meramente recreativa, aunque la prolongamos un rato sabiendo que también estaba bien compartir momentos tan deprimentes como aquellos.

YA ha sucedido lo que acaso tarde aún en suceder seis años.

Había roto el sol un trozo de las nubes, y por él asomaba, todavía convaleciente y sin fuerza, pero restablecido de su peor enfermedad, el desánimo. Y por ese agujero del cielo nos salimos nosotros, cinco de la tarde, a dar un paseo tónico. Qué limpio todo, y qué dorado. El arrebol del cielo y lo nacarado de las nubes parecían abiertos al último suspiro del sol de invierno. Qué puro el aire, qué sociable y perfumado, y cuántas flores amarillas a destiempo en la calleja, jaramagos y arbejones, como puestos allí por la punta de un pincelito de los que se usan para hacer esmaltes. Pero nuestro ánimo no era tan jubiloso ni marchaba al unísono como habría sido de desear.

Había sucedido algo inaudito.

Las cartas que suelen llegar a esta casa suelen ser del gas o de la compañía eléctrica, y nos las entrega M. el lagarero una vez al mes, o cuando se acuerda, sabiendo que no son importantes.